

Pocos días después de mi llegada, empecé á desempeñar mi cometido, que no ofrecía ninguna dificultad, y pronto estuve al corriente. Así es como, después de cuatro ó cinco años de correrías, de locuras y penalidades, desde mi salida de Ginebra, empecé á ganarme honradamente la vida por vez primera.

Estos minuciosos detalles de mi primera juventud habrán parecido pueriles, y lo siento. Aunque siendo ya un hombre desde la infancia desde ciertos puntos de vista, he sido por otra parte niño durante mucho tiempo, y todavía lo soy en bastantes cosas. No me he comprometido á presentar al público un gran personaje; he prometido manifestarme tal cual soy, y, para conocerme en mi edad avanzada, preciso es conocerme bien en mi juventud. Como generalmente los objetos me impresionan menos que su recuerdo, y todas mis ideas estriban en imágenes, los primeros caracteres que se han impreso en mi alma han sido permanentes, y los que han venido posteriormente más bien se han combinado con los primeros que no los han borrado. Existe cierta sucesión de ideas y de afectos que modifican á los que les siguen y que es necesario conocer para juzgar con exactitud. Siempre procuro desarrollar bien los principios para hacer sensible el encadenamiento de las causas y efectos. Quisiera poder hacer en cierto modo que mi alma se transparentase á los ojos del lector; y para esto, procuro mostrársela desde todos los puntos de vista, presentarla bajo todos sus aspectos, hacer de modo que no pase desapercibido ningún movimiento, á fin de que pueda juzgar por sí mismo el principio que los produce.

Si yo tomase á mi cargo describir el resultado y le dijese: Este es mi carácter; podría pensar, si no precisamente que le quiero engañar, á lo menos que me equivoco; pero detallando con sinceridad cuánto me ha pasado, todo lo que he hecho, lo que he pensado, lo que he sentido, no puedo inducirle en error, á lo menos de intento y á sabiendas; y aun cuando lo

quisiese, no me sería fácil de este modo. Toca al lector reunir los elementos y determinar el ser que componen; el resultado ha de ser obra suya; y entonces, si se equivoca, no será por culpa mía. Ahora bien, para esto no basta que mis relatos sean fieles, también deben ser exactos. Á mí no me corresponde juzgar de la importancia de los hechos; debo decirlos todos, y dejarle el cuidado de escoger. Á esto me he dedicado hasta aquí con todas mis fuerzas y no me cansaré de ello en lo sucesivo. Mas los recuerdos de la edad adulta son siempre menos vivos que los de la infancia. He comenzado por sacar de éstos el mejor partido que me ha sido posible. Si los demás se refrescan en mi memoria con la misma fuerza, los lectores, impacientes tal vez, se fastidien, pero yo no quedaré descontento de mi trabajo. Sólo una cosa tengo que temer en esta empresa, y es no ya el decir demasiado ó decir mentiras, sino al contrario, el no decirlo todo y callar verdades.

LIBRO QUINTO

(1732 á 1736.)

Me parece que era el año 1732 cuando llegué á Chamberí, como acabo de decir, y comencé á desempeñar un empleo en el catastro al servicio del rey. Yo tenía veinte años cumplidos, cerca de veintiuno. En cuanto al espíritu, estaba bastante formado para mi edad, mas mi juicio distaba mucho de estarlo, y para aprender á conducirme, me eran muy necesarias las manos en que me hallaba. Porque algunos años de experiencia no

habían bastado á curarme radicalmente de mis novelescas visiones; y á pesar de todos los males que había sufrido, conocía tan poco el mundo y los hombres, como si no hubiese adquirido á mucha costa sus lecciones.

Vivía en mi casa, es decir, en casa de mamá; pero no volví á encontrar mi habitación de Annecy, y perdí el jardín, el río y el paisaje. La casa que había tomado era triste y sombría, y mi cuarto era el más triste y más sombrío de la casa. Por todas vistas tenía una pared, un callejón sin salida; poco aire, poca luz, poco espacio, grillos y ratones y tablas podridas; conjunto que no constituía seguramente una habitación muy agradable; pero al fin y al cabo vivía á su lado. Yo pasaba el tiempo en la oficina ó en su habitación, y casi no me daba cuenta de la fealdad de la mía, ni tiempo me quedaba para pensar en ello.

Parecerá extraño que mamá fuese á establecerse en Chamberí, expresamente para vivir en aquella abominable casa; esto fué un rasgo de habilidad suya, que no debo pasar en silencio. Iba á Turín con repugnancia, conociendo que, después de las recientes revoluciones y cuando aun estaba agitada la corte toda, no era ocasión oportuna para presentarse en ella. Pero sus negocios lo exigían; temía ser olvidada ó que no quisiesen favorecerla y, sobre todo, sabía que el conde de Saint-Laurent, intendente general de hacienda, no le era favorable. Tenía éste una casa vieja en Chamberí, mal construida y tan mal situada, que siempre estaba desalquilada; mamá la alquiló y se instaló en ella. Esto le valió más que un viaje; su pensión no fué suprimida, y desde entonces el conde de Saint-Laurent le fué siempre adicto.

Hallé la casa dispuesta poco más ó menos como antes, y al fiel Claudio Anet siempre con ella. Como ya creo haberlo dicho, era éste un campesino de Montrú, que en su infancia herborizaba en el Jura para hacer te suizo y á quien había

tomado por criado á causa de su afición á la farmacia, hallando muy cómodo tener un herbolario en su lacayo. Él se apasionó de tal modo por el estudio de las plantas, y ella favoreció tan bien esta inclinación, que llegó á ser un verdadero botánico y, si no hubiese muerto joven, se hubiera conquistado un nombre en esta ciencia, como lo merecía entre los hombres de bien. Como era una persona formal y hasta grave, y yo era mas joven que él, vino á ser para mí una especie de ayo, que me evitó muchas locuras; porque su presencia me imponía respeto, y no me atrevía á dejarme llevar de mi carácter en su presencia. Aun á su propia ama hacia contener en cierto modo, porque ella conocía su buen sentido, su rectitud y el inviolable afecto que le profesaba y que ella le pagaba perfectamente. Claudio Anet era, sin disputa, un hombre raro y el único en su género que he conocido. Lento, grave, reflexivo, circunspecto en su conducta, frío en sus maneras, lacónico y sentencioso en sus palabras; sus pasiones eran impetuosas, pero jamás descubría esa impetuosidad que le devoraba, encerrada en su interior y que en toda su vida no le arrastró más que una vez á cometer un disparate, pero terrible: el de envenenarse.

Esta trágica escena tuvo lugar poco después de mi llegada, y fué preciso que así sucediese para que yo llegase á saber la intimidad que existía entre aquel joven y su ama; porque si no me lo hubiese dicho ella misma, yo jamás lo hubiera sospechado. Indudablemente, si el cariño, el celo y la fidelidad pueden merecer semejante recompensa, le era bien debida; y en prueba de que era digno de ella, es que nunca abusó de su posesión. Raras veces tenían cuestiones y éstas acababan siempre bien. Sin embargo, hubo de ocurrir una que acabó mal; su ama, en un arrebato de cólera, le dirigió una frase injuriosa que él no pudo digerir, y, no escuchando más que su desesperación y hallando á mano una frasco de láudano, se lo

bebí, yéndose á acostar tranquilamente, contando con no despertar jamás. Por fortuna, la señora de Warens que, inquieta y agitada igualmente por su parte, iba errante de uno á otro lado de la casa, halló el frasco vacío y adivinó lo que había sucedido. Los gritos en que prorrumpió corriendo á socorrerle me sobresaltaron, y acudí á ver qué los motivaba. Entonces ella me lo confesó todo, imploró mi ayuda, y al fin, con harto trabajo logró hacerle devolver el opio. Yo, testigo de esta escena, no sabía darme cuenta de la simpleza mía en no haber ni remotamente sospechado nunca las relaciones que me revelaba. Pero Claudio Anet era tan discreto, que otros más listos que yo se hubieran engañado. La reconciliación fué tal, que yo también me conmovi profundamente, y desde entonces al aprecio que le tenía se añadió el respeto, y vine á ser discípulo suyo en cierto modo, con lo que no me encontré peor hallado.

Sin embargo, no dejó de causarme pena el saber que había quien pudiese vivir con ella en más intimidad que yo. Nunca había pensado siquiera en desear para mí aquel puesto; pero, como es natural, me desagradaba verle ocupado por otro. Con todo, en vez de sentir antipatía por el que me había suplantado, conocí que á él se extendía el cariño que ella me inspiraba. Mi mayor deseo era que fuese dichosa; y puesto que le necesitaba para serlo, me consolaba de que también él lo fuese.

Por su parte, él se acomodaba perfectamente á las miras de su ama y cobró una amistad sincera por el amigo que ella se había escogido. Sin afectar conmigo la autoridad que su posición le permitía, adquirió naturalmente la que le daba la superioridad de su inteligencia. Yo no me atrevía á hacer nada que no pareciese de su agrado, y él no desaprobaba sino lo que merecía serlo. Así vivíamos felices, unidos por un lazo que sólo pudo romper la muerte.

Una de las pruebas de la excelencia del carácter de aquella apreciable mujer es que los que la querían también se ama-

ban entre sí. Los celos, la misma rivalidad cedían al sentimiento dominante que inspiraba, y no he visto nunca que existiese el menor rencor entre las personas que la rodeaban. Los que me lean suspendan un momento su lectura en este elogio, repasen su memoria y si encuentran alguna mujer de quien se pueda decir lo mismo, únense á ella para la paz de su vida, aunque fuese la última ramera ¹.

Aquí principia, después de mi llegada á Chamberí hasta que marché á París en 1741, un intervalo de ocho ó nueve años, durante los cuales tendré pocos acontecimientos que referir, porque mi vida fué tan sencilla como apacible, y esta uniformidad era precisamente lo que más necesitaba para que acabase de formarse mi carácter, al que una continua agitación impedía acabar de fijarse. Durante ese precioso intervalo fué cuando mi educación, falta de orden y unidad, tomó consistencia, haciéndome lo que he sido siempre, aun á través de las tempestades que me esperaban. Esa formación fué insensible y lenta; durante ella ocurrieron pocos hechos memorables; mas por esto no merece menos que se siga su curso y ser bien desarrollada.

Al principio casi no me ocupaba más que de mi obligación, porque la oficina no me permitía pensar en otra cosa. El poco tiempo que me quedaba libre lo pasaba al lado de la buena mamá; tampoco me agujoneaba el deseo de leer, por falta de tiempo para ello. Mas cuando mi trabajo vino á convertirse en una especie de rutina, embargaba menos mi espíritu, y entonces reapareció mi inquietud y me fué necesaria la lectura; y, como si la dificultad de satisfacerla hubiese siempre dado pábulo á esta inclinación, se habría convertido en pasión á no haberse atravesado otras distracciones que me distrajeron.

¹ La última frase *aunque fuese, etc.*, no se encuentra en la edición de Ginebra.

Aunque para nuestras operaciones no hubiese necesidad de una aritmética muy trascendental, se necesitaba bastante para que me hallase á veces apurado. Para vencer esta dificultad, compré libros de Aritmética y la aprendí bien, porque la estudié solo. La aritmética práctica se extiende más de lo que parece, cuando se quiere llegar á una exactitud precisa. Tiene operaciones larguísimas en que he visto perderse buenos matemáticos. La reflexión unida á la práctica aclara las ideas, y entonces se hallan procedimientos abreviados, cuyo descubrimiento halaga el amor propio, cuya exactitud satisface la inteligencia, y dan por resultado el que se haga con gusto un trabajo de suyo ingrato. Yo me dediqué á él de tal modo, que no había problema soluble por las solas cifras, que me fuera difícil resolverlo; y aun hoy mismo, que se va borrando de mi memoria cada día cuanto he sabido, este conocimiento subsiste todavía en parte, después de un intervalo de treinta años. No hace muchos días que en un viaje que hice á Devenport, asistí en casa de mi huésped á la lección de aritmética de sus hijos, é hice, sin equivocarme y con increíble satisfacción, una de las operaciones más intrincadas. Cuando iba escribiendo las cifras me parecía hallarme todavía en Chamberí y en mis mejores días. Era volver atrás desde muy lejos.

El lavado de los mapas de nuestros géometras me hizo cobrar también afición á la pintura. Compré colores y me dediqué á pintar flores y paisajes. Es una lástima que no haya tenido más disposición para este arte, porque tuve hacia él una afición decidida. Habría pasado sin salir de casa meses enteros, en medio de mis lápices y mis pinceles. Cuando vieron que esta ocupación me dominaba demasiado, trataron de distraerme de ella. Lo mismo me sucede con todas las cosas á que empiezo á dedicarme; me encariño con ellas, me apasiono, y luego ya no existe para mí en el mundo otra cosa más que aquella que me domina. La edad no ha bastado á curarme de este defecto,

ni siquiera á disminuirle; y en la época en que este escribo estoy entusiasmado como un viejo chocho con otro estudio inútil de que no emiendo una palabra*, y que hasta los mismos que lo han cultivado desde su juventud se ven obligados á abandonarlo en la edad en que yo pretendo empezarlo.

Entonces hubiera sido tiempo, pues las circunstancias eran favorables; y alguna vez tuve intención de aprovecharlas. La satisfacción que veía asomar á los ojos de Anet, cuando venía cargado de plantas nuevas, me tuvo dos ó tres veces á punto de irme á herborizar con él. Casi estoy seguro de que si hubiese ido una vez siquiera, me habría cautivado; y tal vez hoy día fuera un gran botánico, pues no conozco otro estudio que mejor se avenga con mis naturales inclinaciones que el de las plantas; y la vida que llevo en el campo de diez años á esta parte casi no es más que una continua herborización, sin progresos y sin objeto, á decir verdad; pero entonces, no teniendo la menor idea de la botánica, la miraba con una especie de menosprecio y aun de repugnancia, pareciéndome un estudio sólo digno de boticario. Mamá no se servía de él para otra cosa, porque le gustaba la farmacia; no buscaba más que las plantas usuales, para componer sus específicos. Así es que la botánica, la química y la anatomía se hallaban mezcladas en mi mente y formando un todo confuso á que llamaba medicina, que me ofrecía materia abundante para chancearme todo el día y ganarme algunos bofetones de cuando en cuando.

Por otra parte, se iba desarrollando en mi espíritu la afición á otro estudio muy diferente y por demás contrario á aquél, el cual absorbió pronto todas mis aficiones. Me refiero á la música. Fuerza es que haya nacido para este arte, puesto que desde mi infancia me ha cautivado siempre, siendo el único á

* La botánica.

que he tenido un amor constante en todas las épocas de mi vida. Lo más notable es que, á pesar de haber nacido con esta predisposición, me ha costado tantísimo su estudio, y he obtenido tan lentos resultados que, después de una práctica de toda la vida, nunca he logrado poder cantar de repente con seguridad. Lo que entonces me hacía este estudio más agradable que otro alguno era poder hacerlo con mamá. Como nuestros gustos eran muy diferentes, para nosotros era la música un punto de reunión que yo me complacía en frecuentar. Ella no se excusaba; entonces estaba yo poco más ó menos tan adelantado como ella; en dos ó tres lecturas descifrábamos un aire. Á veces, viéndola atareada al rededor de un hornillo, le decía: «Mamá, he aquí un dúo que, ó mucho me equivoco, ó ha de hacer que vuestras drogas huelan á quemado. — Á femía, replicaba, te juro que si se me queman por tu culpa te las lie de hacer tragar.» Así, mientras disputábamos, yo la arrastraba hacia el clavicordio; una vez allí todo quedaba olvidado; luego hallaba calcinado el extracto de enebro ó de ajenjos, lo cogía y venía á mancharme la cara; todo esto era delicioso.

Como se ve, no obstante el poco tiempo que me quedaba libre, tenía muchas cosas en que emplearlo. Pues todavía vino á aumentarlas una nueva diversión que sirvió para dar más incentivo á las demás.

Vivíamos en un calabozo tan estrecho, que á menudo teníamos necesidad de ir á tomar el aire. Anet logró que mamá alquilase un jardín en los arrabales para cultivar en él algunas plantas. Aquel jardín tenía una casita de campo bastante linda, que se amuebló simplemente con lo más necesario. Frecuentemente íbamos allí á comer, y yo me quedaba algunas noches, á cuyo efecto pusieron una cama. Insensiblemente me fui aficionando á ese retiro, me llevé á él algunos libros y muchas estampas; me pasaba adornándolo una parte del tiempo de que podía disponer y preparando alguna sorpresa agrada-

ble para cuando mamá iba á pasearse por el jardín. Me separaba de ella para ir á ocuparme de ella, para verla con mayor placer en mi fantasía: otra excentricidad que no trataré de excusar ni de explicar, pero que confieso, porque así sucedía.

Recuerdo que un día, la señora de Luxembourg me hablaba con zumba de un hombre que se alejaba de su amada para escribirle. Respondile que yo hubiera podido muy bien ser aquel hombre y aun podía añadir que lo había sido algunas veces. Sin embargo, al lado de mamá jamás he sentido esta necesidad de alejarme de ella para quererla más; pues en su compañía me hallaba tan á mis anchas como estando solo, cosa que no me ha sucedido con nadie más, ni hombre ni mujer, por más cariño que les haya tenido. Pero era tan frecuente verla asediada de personas que me agradaban muy poco, que el despecho y el fastidio me lanzaban á mi asilo, donde la tenía como yo deseaba, sin temor de que nos siguiesen importunos.

Mientras yo vivía en tan grato sosiego distribuyendo el tiempo entre mi trabajo, mi instrucción y mis placeres, no estaba la Europa tan tranquila como yo. Francia y el Emperador acababan de declararse la guerra; el rey de Cerdeña estaba metido en la contienda, y el ejército francés atravesaba por el Piamonte para penetrar en el Milanesado. Por Chamberí pasó una columna, y entre otros, el regimiento de Champaña, cuyo coronel era el duque de la Trimouille, á quien me presentaron, que me hizo muchas promesas, y seguramente no se acordó más de mí.

Nuestro jardincito se hallaba situado precisamente en lo alto del arrabal por donde entraban las tropas, de suerte que yo iba á saciar el gusto que hallaba en verlas pasar, y me interesaba por el éxito de aquella guerra como si me hubiese importado sobremanera.

Hasta entonces nunca había pensado en ocuparme de los asuntos públicos; y por vez primera me puse á leer los perió-

dicos, pero con tal parcialidad á favor de Francia que me saltaba el corazón de gozo al saber que había obtenido alguna ventaja, aun la más insignificante, y sus reveses me affligían tanto como si hubiesen recaído sobre mí. Si esto hubiese sido una locura pasajera, no hubiera hecho mención de ella, pero se ha arraigado en mi corazón tan hondamente sin razón ninguna, que cuando, posteriormente, he hecho en París el papel de antidéspota y de indomable republicano, á despecho mío experimentaba una secreta predilección por esa nación que yo calificaba de servil y por aquel gobierno que trataba de vituperar. Lo chocante es que, avergonzándome de tener una inclinación tan contraria á mis ideas, no me atrevía á confesarlo á nadie, y ridiculizaba á los franceses por sus derrotas, mientras que me desgarraban el corazón más que á ellos mismos. Yo soy indudablemente el único que, viviendo en una nación que adoraba y de la cual se veía bien tratado, haya hecho como que la desdenaba. En fin, tan desinteresado ha sido este afecto, tan profundo, tan constante, tan invencible, que aun después de mi salida del reino, después que el gobierno, los magistrados, los escritores, se han desencadenado á porfía contra mí, después que se puso de moda agobiarme á fuerza de ultrajes é injusticias, no he podido curar de mi locura. Les amo á pesar mío, aunque me maltraten.

Durante mucho tiempo he procurado inquirir la causa de esta parcialidad, y no he podido hallarla sino en la que le dió origen. Un gusto creciente por la literatura me aficionaba á los libros franceses, á los autores de esos libros y al país de esos autores. Precisamente cuando veía desfilar el ejército francés, estaba leyendo los grandes capitanes de Brantomé. Tenía llena la cabeza de los Clisson, los Bayard, los Lautres, los Coligny, los Montmorency, los de la Trimouille, y me interesaba por sus descendientes como herederos de su valor y de sus prendas. Á cada regimiento que pasaba, me parecía

ver aquellas famosas bandas negras que antiguamente tantas proezas habían llevado á cabo en el Piamonte. En fin, aplicaba á lo que veía las ideas que había bebido en los libros mis continuadas lecturas que versaban acerca de obras de la misma nación, alimentó mi cariño hacia ella y engendró una pasión ciega que nada ha podido dominar.

Posteriormente he tenido ocasión de observar en mis viajes que esta impresión no me era peculiar, y que, hallándose más ó menos en todos los países, entre las personas aficionadas á leer y las que se dedican á la literatura, equilibraba el odio general que inspira el aire petulante de los franceses. Las novelas les atraen las simpatías de las mujeres más bien que las de los hombres de todos los países; sus obras maestras dramáticas aficionan la juventud á su teatro. Innumerables extranjeros acuden al de París, llamados por su fama, y vuelven entusiasmados. En fin, el excelente gusto que campea en su literatura les gana la voluntad de todas las personas de gusto, y he visto que sus autores y filósofos han sostenido la gloria del nombre francés debilitada por sus soldados en la desdichada guerra que han tenido últimamente.

Por tanto, yo era francés ardiente, y esto me hizo novelero. Íbame con la multitud de papanatas que acuden á la plaza á esperar la llegada de los correos; y más tonto que el asno de la fábula, me inquietaba por saber cuál sería el amo que me pondría la albarda; porque se decía entonces que pasaríamos á poder de Francia, la cual cambiaría la Saboya por el Milanesado. Preciso es convenir, sin embargo, en que yo tenía por qué temer el resultado de la guerra, pues si la suerte hubiese sido contraria á los aliados, la pensión de mamá corría gran riesgo. Pero yo confiaba enteramente en mis buenos amigos; y esta vez, á pesar de la sorpresa del señor de Broglie, no salieron fallidas mis esperanzas, gracias al rey de Cerdeña, en quien yo ni había pensado tan siquiera.

Mientras se batían en Italia, en Francia se cantaba. Las óperas de Rameau empezaban á meter ruido y dieron á conocer sus obras teóricas, que, habiendo permanecido ignoradas, poseían muy pocos. Por casualidad oí hablar de su tratado sobre la armonía, y no se lo conseguí hasta que lo hube adquirido. Por otra casualidad, caí enfermo. La enfermedad era inflamatoria; fué violenta y corta, pero larga la convalecencia, y en todo un mes no pude salir de casa. Durante ese tiempo hojé, devoré mi Rameau; pero era tan largo, tan difuso, tan desordenado, que vi que necesitaría mucho tiempo para estudiarlo y desembrollarlo. Suspéndi pues mi aplicación y me recreé con la música. No se me iban de la cabeza las cantatas de Bernier, en las que me ejercitaba. Aprendí cuatro ó cinco de memoria, y entre ellas una titulada *los Amores dormidos*, que no he visto más desde entonces y que, sin embargo, todavía sé casi de memoria, lo mismo que *el Amor picado por una abeja*, cantata muy linda de Clerambault, que aprendí poco más ó menos en aquel entonces.

Á mayor abundamiento llegó del Valle de Aosta un joven organista llamado el abate Palais, buen músico, buen hombre y que acompañaba muy bien con el clavicordio. Nos conocimos y nos hicimos inseparables. Él era discípulo de un monje italiano, gran organista. Me habló de sus teorías, que comparé con las de Rameau, y me llené la cabeza de acompañamientos, de acordes y de armonías. Á todo esto era preciso educar el oído; propuse á mamá que diéramos un pequeño concierto cada mes, y consintió en ello. Desde aquel momento me dediqué con tal ardor á organizarlo, que ni de día ni de noche me ocupaba de otra cosa; y realmente me ocupaba, y mucho, para reunir las piezas, los concertantes, los instrumentos, sacar las partes, etc. Mamá cantaba, el padre Catón, de quien he hablado y de quien tendré que hablar todavía, cantaba también; un maestro de baile, llamado Roche, y su hijo,

tocaban el violín; Cañavas, músico piamontés, empleado en el catastro, y que después se ha casado en París, tocaba el violoncelo; el abate Palais acompañaba con el clave; yo tenía el honor de dirigir las piezas, sin olvidar el bastón del leñador. Júzguese lo magníficos que serían aquellos conciertos. Si no eran como el de casa del señor Treytorens, no les faltaba mucho.

Los pequeños conciertos de la señora de Warens, neófita que vivía, al decir de las gentes, de las limosnas del rey, daban pábulo á las murmuraciones de la gente devota; mas para muchas gentes de bien era una diversión agradable. No sería fácil adivinar á quién me refiero en primer lugar en esta ocasión; á un monje, pero hombre de mérito y apreciable, cuyas desgracias me afectaron vivamente más tarde, y cuya memoria, ligada con la de mis días hermosos, me es cara todavía. Era el padre Catón, franciscano, que junto con el conde Dortón, había hecho detener en Lyon la caja de música del pobre *gatito*; hecho que no constituye seguramente el rasgo más bello de su vida. Era bachiller de la Sorbona; había vivido mucho tiempo en París en el gran mundo y había logrado introducirse, principalmente, con el marqués de Antremont, entonces embajador de Cerdeña. Era alto, bien formado, rostro lleno, con los ojos algo salientes, cabello negro formando sin afectación bucles sobre las sienas, porte á la vez noble, franco y modesto, que se presentaba muy bien y con naturalidad, no teniendo las maneras insolentes ó hipócritas de los frailes ni la desenvoltura de un personaje á la moda del día, aunque realmente lo era, sino la serenidad de un hombre de bien que sin avergonzarse de su hábito, se honra á sí mismo y se halla siempre en su puesto entre las personas honradas.

Aunque no tuviese grandes conocimientos para ser un doctor, el padre Catón era muy instruido para hombre de mundo; y no teniendo prisa por revelar su erudición, la usaba tan á

propósito que parecía poseer mucha más. Habiendo vivido mucho en sociedad, se había dedicado más á la instrucción amena que á los estudios serios. Tenía ingenio, hacía versos, se expresaba bien, cantaba mejor, tenía una voz agradable, tocaba el órgano y el clave. Para verse solicitado, no eran necesarias tantas dotes; así es que se le buscaba; pero esto le estorbaba tan poco para atender á los cuidados propios de su estado que, á pesar de celosos competidores, llegó á ser nombrado definidor de su provincia, ó, como se dice, uno de los padres graves de la orden.

Este padre Catón conoció á mamá en casa del marqués de Autremont. Oyó hablar de nuestros conciertos y quiso tomar parte en ellos, contribuyendo á que fuesen más brillantes. Pronto estuvimos ligados por nuestra común afición á la música, que, tanto para él como para mí, era una pasión muy viva; con la diferencia de que él era un verdadero músico, y yo era un media cuchara. Íbamos con Canavas y el abate Palais á su cuarto, donde dedicábamos buenos ratos á la música, y alguna que otra vez cantábamos acompañados de su órgano, los días de fiesta. Á menudo comíamos en su modesta mesa; pues lo sorprendente para ser un fraile es que, además, era generoso, magnífico, y sensual sin grosería. Los días de concierto cenaba en casa de mamá. Aquellas cenas eran muy divertidas y agradables; allí se hablaba sin ambages; allí se cantaban dúos; yo me hallaba á mi sabor; nunca me faltaban chistes y felices ocurrencias; el padre Catón estaba encantador, y mamá adorable; el abate Palais, con su voz de buey, era el blanco de las bromas.

¡Dulces instantes de la bulliciosa juventud, cuánto tiempo ha que habéis desaparecido!

Como no tendré que hablar ya más de ese pobre padre Catón, permítaseme concluir aquí en dos palabras su triste historia. Los otros frailes, celosos ó más bien furiosos al ver

que se distinguía por su mérito, por una elegancia en sus costumbres que nada de común tenía con la crápula monástica, le cobraron odio, porque no era tan odioso como ellos. Los corifeos se confabularon en contra suya y concitaron á los frailezuelos que envidiaban su posición y que antes no se atrevían á mirarle. Hiciéronle mil afrentas, le desistuyeron, quitaronle su aposento, que él había amueblado con gusto aunque con sencillez; confinaronle no sé dónde, y en fin, aquellos miserables le agobiaron con tantos ultrajes, que su espíritu recto y con justicia alívio no pudo resistirlos; y, después de haber hecho las delicias de las reuniones más agradables, sucumbió de dolor, muriendo sobre un lecho miserable en un rincón de una celda ó calabozo, siendo sentido y llorado por cuantas personas honradas le habían conocido, quienes no le hallaron otro defecto que el ser fraile.

Con este sencillo modo de vivir resultó que á poco á poco absorbido enteramente por la música, me hallaba enteramente imposibilitado de pensar en otra cosa alguna. Ya no iba á la oficina sino con disgusto; la sujeción y asiduidad me hicieron considerar el trabajo un suplicio insoportable, y acabé por querer abandonar el empleo para dedicarme á la música.

Ya se comprenderá que esta locura no pasó sin oposición. Dejar una ocupación decente y de un provecho seguro para ir en pos de lecciones problemáticas, era una resolución harto insensata para agrandar á mamá. Aun suponiendo mis progresos futuros, tan grandes como yo me figuraba, reducir mi ambición á quedarme en la esfera de músico toda la vida era limitarla muy modestamente. Ella, que siempre formaba proyectos magníficos, y que de ningún modo me juzgaba como el señor de Aubonne, veía con pesar que me entregaba seriamente á una ocupación que consideraba tan frívola, y frecuentemente me repetía este proverbio provincial, algo menos exacto en París, que *el que bien canta y bien danza traba-*

ja mucho y no avanza. Por otra parte me veía arrastrado por una afición irresistible; mi pasión iba siendo excesiva, y era de temer que, resintiéndose el trabajo de mis distracciones, me despidiesen, y creía por consiguiente preferible que me retirase. Además, le hice presente que mi empleo no podía durar mucho, que me era necesario un medio de ganarme la vida, y que era más seguro acabar de adquirir por medio de la práctica aquel á que mi gusto me inclinaba, y ella misma me había escogido, que ponerme á merced de las protecciones, ó hacer nuevos ensayos que podían salir mal, y quedarme sin recurso para ganarme el pan, después de haber pasado la edad de aprender. En fin, arranqué su consentimiento más bien á fuerza de importunidades y caricias que de razones que la satisfaciesen. Inmediatamente fui á despedirme del señor Coccelli, director general del catastro, con tanta satisfacción como si acabase de ejecutar el hecho más heroico y abandoné voluntariamente mi empleo sin motivo, sin razón, sin pretexto, con mucho más gusto del que había tenido en hallarlo dos años hacía escasamente.

Por más que fuese un disparate, este paso me granjeó una especie de consideración en el país, que me fué útil. Unos me supusieron recursos que no tenía, otros, viéndome exclusivamente dedicado á la música, juzgaron de mi talento por mi sacrificio, y creyeron que, teniendo tal pasión por este arte, debía poseerlo con perfección. En tierra de ciegos el tuerto es rey; allí pasaba por un buen maestro, porque todos los que había eran malos. Por lo demás, no careciendo de cierto gusto en el canto, favorecido por la edad y la figura, en poco tiempo tuve más alumnos de los que necesitaba para reemplazar mi sueldo de secretario.

Para hacerme agradable la vida, ciertamente no podía pasar con mayor rapidez de uno á otro extremo. En el catastro tenía que estar ocho horas diarias ocupado en un trabajo de

los más fastidiosos, rodeado de gentes más fastidiosas todavía, encerrado en una triste oficina apestada con el aliento de todos aquellos patanes, la mayor parte sucios y desgredados; de suerte que á veces casi me causaban mareos la atención, el hedor, la fatiga y el fastidio. En lugar de todo eso, heme ahí de improviso lanzado en medio de la buena sociedad, admitido y solicitado en las mejores casas; siendo bien recibido en todas partes, acariciado y festejado; señoritas amables bien compuestas me esperaban y recibían con efusión; no veía más que objetos agradables, ni olía más que azahar y rosa; siempre cantando, conversando, riendo y divirtiéndome; no salía de un sitio sino para ir á hacer lo mismo en otra parte. Nadie negará que, siendo igual el provecho, no había que vacilar en la elección. Así es que me hallaba tan satisfecho de la mía, que jamás me ha venido á la mente arrepentirme de ella, ni una ahora mismo en que examino el peso de la razón de las acciones de mi vida y en que me hallo libre de los motivos poco sensatos que me han podido guiar en ocasiones.

Ésta es quizás la única en que, no escuchando más que mis deseos, no han salido fallidas mis esperanzas. El modo tan cortés de recibir á las personas que tienen los habitantes de aquel país, su afabilidad y franqueza me hizo amable el trato social; y el gusto que en él hallé entonces, me ha probado completamente que, si no me agrada vivir entre los hombres es culpa de ellos más bien que mía.

Es lástima que los saboyanos no sean ricos, ó quizás sería lástima que lo fuesen; porque, talés como son, constituyen el pueblo mejor y más sociable que conozco. Si existe en el mundo una pequeña ciudad donde se gocen las dulzuras de la vida en un trato agradable y sincero, es Chamberí. La nobleza de la provincia que se halla en él reunida, no tiene más bienes que los necesarios para vivir, no tiene lo bastante para medrar; y no pudiendo entregarse á la ambición, sigue por

necesidad el consejo de Cineas. Pasa su juventud en la milicia, y luego vuelve á envejecer tranquilamente en su casa. El honor y la razón presiden á este arreglo.

Las mujeres son hermosas y podrían pasar sin serlo, porque poseen todo lo que puede dar realce á la belleza y hasta suplirla. Es notable que, llamado por mi profesión á ver muchas jóvenes, no recuerdo haber visto en Chamberí una sola que no fuese encantadora. Se dirá que me hallaba pre dispuesto á encontrarlas tales, tal vez, no sin razón; mas para esto no tenía necesidad de poner nada de mi parte. No puedo traer á la memoria sin complacerme el recuerdo de mis jóvenes alumnas. ¡Que no pueda, al ir las nombrando á las más amables, una á una, hacerles volver y á mí con ellas, á la dichosa edad en que estábamos cuando pasaba en su compañía momentos tan dulces como inocentes! Fué la primera una vecina, la señorita de Mellarede, hermana del discípulo del señor Gaime. Era una morena muy viva, mas de una viveza agradable, llena de gracia y de discreción. Era algo delgada, como la mayor parte de las niñas de su edad; pero sus ojos brillantes, su gracioso talle y su simpático semblante no necesitaban la gordura para agradar. Iba á su casa por la mañana, y generalmente la hallaba todavía sin vestir, sin más tocado que el cabello sencillamente recogido, adornado con algunas flores que le ponían cuando yo llegaba y se quitaba para peinarse cuando yo salía. Nada temo tanto en el mundo como una mujer hermosa en traje de casa ó de mañana; la temería mil veces menos estando compuesta.

La señorita de Menthón, á cuya casa iba por la tarde, lo estaba siempre, y me hacía una impresión igualmente dulce, pero enteramente distinta. Tenía el cabello rubio ceniciento; era muy linda, muy tímida y blanca; una voz clara, melodiosa y dulce, pero que no osaba desplegarse. Tenía en el seno la cicatriz de una quemadura de agua hirviendo, que no

ocultaba enteramente la pañoleta de felpilla que llevaba. Esta señal llamaba á veces hacia aquel sitio mi atención, que no tardaba en fijarse en otras cosas distintas de ella.

Otra vecina, la señorita de Challes, era ya una mujer ya hecha, alta, de formas robustas, llena y fresca; había sido muy bella. Ya no era una hermosura; pero sí una mujer notable por su gracia, por su constante buen humor y natural bondad de su carácter. Su hermana, la señora de Charly, la mujer más hermosa de Chamberí, ya no aprendía música; pero la hacía enseñar á su hija, aunque era muy niña todavía, y cuya naciente belleza hubiera prometido igualar á la de su madre, si desgraciadamente no hubiera sido un poco roja.

En la Visitación tenía una jovencita francesa, cuyo nombre he olvidado, pero que merece un lugar en la lista de mis preferencias. Había tomado el tonillo lento y monótono de las monjas, y con aquella languidez decía cosas que revelaban una agudeza mal avenida con su porte. Por lo demás era perezosa, poco amiga de tomarse la molestia de revelar su ingenio, y era esto un favor que no dispensaba á todo el mundo. Sólo después de uno ó dos meses de lecciones y de negligencia, se decidió á valerse de este medio para obligarme á ser más asiduo; pues yo nunca he podido serlo por mi sola voluntad. Cuando estaba en las lecciones, gozaba en ellas; pero no me gustaba estar obligado á acudir ni verme sujeto al imperio de la hora; yo no puedo soportar la molestia y la sujeción en nada; y me harían aborrecer el placer mismo. Se dice que entre los mahometanos, á la hora del alba, pasa un hombre por la calle para dar á los maridos orden de cumplir con su deber conyugal. Yo á semejante hora hubiera sido un pésimo turco.

También tenía algunas alumnas entre la clase media, una de las cuales fué causa indirectamente de un cambio de relación de que tengo que hablar, puesto que, al fin, he de decirlo